

Augusto d'Halmar

## La imagen en el espejo (\*)

“Porque aquél que vivió más de una vida, debe morir también más de una muerte” (*Wilde*).

### I

10 de junio de 1923.

“Pierre Loti ha muerto”.

Yo había pasado uno de esos días cualesquiera, sin pena ni gloria y no había visto los diarios de la tarde, cuando, ya recogido, la noticia viene a sobrecogerme en la soledad de la casa y el sopor de Madrid. Porque yo estoy en España; pero esa vieja cita sin sitio ni fecha, ¿dónde y cuándo la ha tenido mi amigo? El, que agotó la novedad de todo lo inmemorial que puede contener el planeta, ¿ha cerrado los ojos a ese sol que alumbrara sus andanzas por mares y desiertos, de Bagdad a la Isla de Rapanui y de Islandia a Bangkok, ha ido a dormirse, pienso, en la brumosa Bretaña de su Hermann Yves, en la Sтамbul dorada de Aziyadé, en el Papeete sombrío y silencioso de Rarahú, en el país de bagatela-heroica de Madame

---

(\*) Recuerdos íntimos e inéditos sobre Pierre Loti, escritos en el XIV aniversario de su muerte.

Chrysanthème o precisamente en aquellas arenas del Sahara donde pensó llevar a blanquear sus huesos, bajo la mirada abrasadora de Baal-Zebeub el Gran-Destructor, cuando el supremo frío lo aterriera? . . . ¡Cuántas veces yo mismo, errante por tantas partes y como persiguiendo sus huellas, no me pregunté, acodado en la borda de un barco o viendo desde las ventanillas de un tren nocturno las luces de alguna ciudad desconocida, de qué modo me llegaría esta noticia ineluctable! Y me inquietaba entonces lo que podría sentir al saber que esa única cosa que subsistía verdaderamente nueva de todos los entusiasmos y los amores que he tenido, se había hundido ya en lo impalpable, llevándose consigo mi última ilusión de juventud.

Porque, ahora sí, entro definitivamente a mi vez en esa senda que a la hora crepuscular no nos conduzca tal vez sino a la vaguedad de su perspectiva . . . No era sólo el maravilloso escritor ni el marino como yo fuí, era “mi viejo Loti”, que me llamaba a mí, desmesurado y con las sienas cenicientas, por ese diminutivo que usaron mis parientes cuando yo era niño. Fué él quien al verme no hace mucho y ya hace tanto, exclamó sin ironía: “—¡Siempre el mismo, pero más hombre!”

Es igual. Incorporándome sobre las almohadas abarco más que nunca con ojos vagos y sin asombro el sonambulismo de la vida. Y me hace mucho menos daño esta separación que otras que tuvimos él y yo en puertos y encrucijadas, como si supiera instintivamente que así como él debía levar anclas antes, tampoco tardaré yo en hacerme a la mar como en nuestros viajes.

Y ahora, evoquémosle, lejos de toda pompa y todo artificio. Vengo a tejer el último su corona fúnebre, no habiendo querido adornarme la solapa con una siempreviva; pero ¡por Dios! se trata de un vivo y no de un muerto, porque Loti no lo está y para mí no lo estará nunca. El es, en mis sentimientos, la fibra más sensible, la pequeña cuerda palpitante que canta sola, mientras ensayan las otras todos los acordes. Mucho antes que al maestro y al hombre de mar, yo amaba al amigo y me preció de haber sido uno

de los tres o cuatro entre los que él tuvo. "Empequeñécete", prescribe el consejo chino. Y frente a toda la piedad humana, cordialmente disperso entre mil y mil de los que llamaba sus "hermanos desconocidos", él no se había reservado sino un sitio reducidísimo porque muy escogido, para aquellos que realmente saben penetrar en el corazón de nuestro corazón como en una mezquita, dejando fuera las babuchas y con ellas el polvo y el cansancio de los caminos.

## II

Quiero evocar sólo lampos de estas relaciones. Porque si nuestras charlas estaban entrecortadas de silencios, nuestras espaciadas entrevistas perduraban y se completaban por largas ausencias de añoranza y de reminiscencia. Parecía que, sobre la toldilla de un mismo barco, hiciésemos, cada uno a la inversa, los "cien pasos" y que sólo al cruzarnos cambiásemos algunos monosílabos, rodeados por el mar y por la noche.

La primera vez que le vi fué, providencialmente, en esa Turquía que conocemos a través de sus relatos y a la cual me había llevado un como piadoso peregrinaje hacia su juventud que yo reencarnaba y revivía en cierto modo entonces.

Por eso nada de lo que pasó pudo sorprenderme: ni que lo reconociese inesperadamente en el Selamlik del Sultán Rojo; ni que un secretario de embajada se me llegase para darme la huena nueva de su estancia entre nosotros y su deseo de conocerme. Abdul-Hamid acababa de pasar con la cabeza baja sobre el pecho y cargado de hombros, hacia la mezquita imperial para la plegaria solemne de los viernes. Los diplomáticos y los agregados militares y navales, rompiendo las filas del protocolo se dispersaban o rehacían grupos de simpatía, todos rígidos de galones y de cruces, entre algunos fez rojos con el medjidié y muchos turbantes de los mamelukos del Serrallo, armados de lucientes alfanjes, cuando se cruzó por primera vez mi mirada con la de aquellos ojos que habían abarcado la redondez de la tierra, cuando oí su voz, ese gran misterio ya desva-

ncido en el misterio, y nos dimos un apretón de manos... Considero ahora mi diestra, como un eslabón roto, y rememoro esas estelas funerarias de la Grecia, donde sólo quedan muñones trancos de lo que fueron dedos entrelazados... ¡Su mano que yo besé!

Algunos minutos más tarde atravesábamos lado a lado en un coche oficial precedido por el dragomán de la embajada, el Gran Puente de Gálata donde él situara aquel pasaje de su libro "Seres y Cosas que Pasaban", en que un raquíico pordioserillo turco desentumido por el verano voltejea y baila como una polilla en un rayo de sol, ante el mágico horizonte del Cuerno de Oro.

Ya en el hotel de Pera, donde se había alojado Pierre Loti, previno que consignaba su puerta y que cenaríamos en sus habitaciones. Era, recuerdo, la fecha movable en que suele coincidir el comienzo del carnaval cristiano con la terminación del griego y esos barrios europeos de una Constantinopla que seguramente ya habrá cambiado, se animaban a esta hora con comparsas y máscaras y sobre todo con bandas de organillos de Berbería, que tocando todos al mismo tiempo cada cual una música distinta, formaban esa algarabía de bacanal turca cuya música calificó Loti de "alegría desgarradora".

—A propósito—le contaba yo—, hay un vals de Chopin bautizado por mí "la Buena Historia". ¿No le dice a Ud. nada ese título? Era en unas vacaciones suyas en el Mediodía; Ud. había cazado en sus redes una mariposa color limón y al acercarse por la carretera soleada le salía al encuentro una voz de hombre con aquel estribillo. ¡Ah, ah, la buena historia! Siempre recomenzado e inconcluso porque completo, que viene a ser el de su infancia, Loti, y también el de mi adolescencia. Cada vez que yo partía del hogar o que yo regresaba, abuela tocaba la Buena Historia.

... Y, ¿sabe usted?—proseguía yo, viéndolo interesarse—. Nuestra amistad viene desde antiguo, porque ya esa abuela que fué el grande amor de mi primera juventud, recordaba haberle conocido a usted cadete de la "Flora" en Valparaíso, en casa de una de nuestras tías, con la cual compuso usted la "Zamacueca", que usted lla-

maba Carmencita y que yo sé que se apellidaba Rey y Riesco. Era el año 1866 ó 1867, Loti, y usted no tenía entonces arriba de dieciséis o diecisiete años.

... Después, cuando me embarqué y crucé a mi vez Bab-el-Mandeb, releí aquellas páginas también de cadete en que usted toma la primera guardia a bordo nada más que porque sabe que su barco ha de pasar a las altas horas por el sitio donde, años atrás, sepultaron a su hermano igualmente marino. Y yo he velado como usted, Loti, algunos años después, para levantar el paralaje o identificarme mejor con su alma errante.

... Luego fué en Bretaña, donde yo tenía parientes e hice a pie el camino que, de Paimpol a Perz-Even por Pleubazlanoc, recorrieron sus "Pescadores de Islandia" y donde mi novia Felisa Gaos, nieta y prima de marinos, debía tener la misma sangre de ese Yann Gaos que usted creó.

... Y ahora, Loti, hétenos reunidos en su "Fantasma de Oriente", donde también soy amado y amo. ¿Es usted o soy yo el que ha vivido esas peripecias? Mañana pasaré al Egipto, a la Galilea, a la Abisinia, al Hindostán y al Japón y en todas partes hallaré los rastros de su paso, como los he encontrado en nuestra lejana Isla de Pascua y en Tahití.

Loti sonreía como pocos le habrán visto y como pocas veces lo vi sonreír. Toda su gloria era vanagloria junto a esa admiración cálida y casi filial en fuerza de intimidad. Afuera seguían ensordeciendo los organillos con su "alegría desgarradora" y de cuando en cuando una llamarada anunciaba en la habitación los fuegos de artificio de la calle. Se levantó y sin pedirme sino las primeras notas, que repetía con un dedo y de pie delante del piano, de pronto pareció recobrarle ese Chopin que fué su verdadero maestro de nostalgia cuando lo estudiaba en la casa de su infancia, y dejándose caer en el taburete ejecutó mi Buena Historia con la expresión que yo siempre había imaginado que él podría darle.

Era muy tarde. Como recuerdo de esa velada yo había recibido un ejemplar de "La Piedad y la Muerte" y aunque el libro se ha

extraviado, en una gaveta donde están los papeles que han de desaparecer conmigo, conservo la página de la dedicatoria y, en trece palabras con treinta y siete letras, la clave de toda la obra de Loti.

### III

Volvimos a coincidir en Esmirna y desde lo alto del cementerio, dominamos la ciudad, la rada y nuestros barcos prestos a zarpar. Habíamos mercado higos y pan moreno y con agua clara de un manantial de esas alturas merendábamos en silencio... Coincidimos en Amsterdam; pero él partía al día siguiente que yo había llegado, un 2 de noviembre que, juntos también visitamos el panteón de los burgomaestres y aquel otro camposanto del Oeste en cuyo muro septentrional destinado a los náufragos, no hay sino sus nombres, ya que sus cuerpos duermen en el mar. Después cenamos en el Círculo Naval con marinos de todas las razas y después fuimos a inclinarnos inquietantemente entre la niebla sobre los pretilos que, en la Amtelodamum construída sobre pilotes, reúnen por trescientos puentes sus noventa islas, entreviendo abajo la sombra y en la sombra el agua. Y como era Noche de Difuntos, se nos figuraba que podía haber recalado en esas dársenas aquel "Holandés Errante", que no es sino el espectro de un barco... Del Cairo, al contrario, yo partía la víspera que él llegaba para remontar el Nilo hasta Philaé, justamente cuando el Egipto llorara con nosotros dos la muerte de Mustafá Kemal Pachá, caudillo suyo y amigo nuestro. Era en 1908 y exactamente en febrero, el 26 de Sefer del 1326 de la Hégira. Entonces yo iba a la India.

Fué convaleciente a mi regreso a Europa, a fines de año, que él me invitó a pasar en familia en Rochefort las Navidades; pero, a última hora, no sé qué traba del servicio lo retuvo a orillas del Bidasoa, cuya flotilla seguía comandando y una contraorden suya me hizo reunirme en Hendaya.

## IV

Este es tal vez mi recuerdo más intenso. Baka-echea la "mansión aislada", como él la denominaba en vascuence, se hallaba casi desierta porque habiéndose congregado la familia de Loti en su casa solariega de Rochefort, no guardaba esta otra sino el jardinero, un antiguo asistente suyo llamado Silvestre, que le sirvió para el tipo del otro Silvestre Mean de "Pescadores de Islandia" y cuyo hijito muerto a los cinco años interviene en las páginas más desgarradoras del "Libro de la Piedad". Este Silvestre me esperaba en la estación ese anochecer de 24 de diciembre y por él supe que un acceso de esas malarías intermitentes que adquirimos los viajeros, para toda la vida en una sola estación palúdica, tenía recluído al "comandante" en el hogar.

Y así lo encontré convulso y apaletonado por tierra, casi dentro de la chimenea que ardía en el salón de la planta baja. Conversábamos en voz queda, como siempre, entre los reflejos de las llamas y de las sombras y de cuando en cuando en las treguas de silencio yo oía castañetear sus dientes a impulsos de la fiebre.

Poco a poco fué haciendo crisis y él pudo ausentarse a fin de vestirse para la comida ya tan retrasada. Silvestre vino a anunciarme que "el comandante" me esperaba en el comedor.

Estaba ante su cubierto, enfrente del cual habían dispuesto el mío; pero como quedaran otros dos a ambos extremos de la mesa, yo también esperé hasta que entró simultáneamente una pareja de gatos y fueron a encaramarse en sus respectivos sitios. Entonces, con otro gesto mudo, que yo no sabría reproducir, en el cual había tanta gravedad como humorismo, "nuestro" anfitrión volvió a indicarme que, entonces sí, ya podíamos sentarnos.

La claridad de las lámparas era tan apagada como nuestras voces, porque, al habituar la vista a la media luz, sus comensales sin querer se ponían al diapason de su media voz. Yo discernía, no obstante, que el fuego de las mejillas de Loti no se debía sólo a la

fiebre. En París había oído comentar su inocente manía de maquillarse, que los peores tildaban de afeminamiento y de exotismo los mejores, y desgraciadamente el somero tocado de esa tarde le había hecho desviar la sombra de las ojeras. El se percató de mi reparo. —¿Tú crees—me dijo, sofocando como nunca las palabras— que me pinto para engañar?

Y antes que yo pudiera hacer ninguna objeción:

—Di más bien que es para engañarme—agregó.

Todo el desesperado aferrarse a la juventud y a la existencia que constituyó su vida y hace aceptar casi con alivio su muerte, se traicionaba en el tono de esa confidencia y en su expresión al hacerlo. ¡Qué bien comprendía yo que a cualquier desprevenido pudiera desorientarle el empaque afectado y advenedizo de aquel artista noble y simple si los hubo; la apariencia desmedrada de maniquí de ese gimnasta con músculos de acero; pero si se fijó en sus ojos como extraviados, si por un momento sorprendió esa mirada tan pronto alucinada o ausente, suplicante a la vez y anhelante, de un desamparo sin remisión y sin límites, entonces, al ver traducirse su alma felina en una expresión tan sólo dable a los perros, debió cavilar conmigo en algún sortilegio de metempsicosis. ¡Loti, el hechicero, pero ¡ay! también Loti, el hechizado!

Dios sabe que lo que constituye la filosofía de su obra: su apego a la vida, su angustia a la muerte, su ansia de un más allá, me es enteramente indiferente, tal vez porque yo no sufra inquietudes religiosas y porque dentro de mi fatalismo, por español mucho más oriental que el suyo, me parezca tan inútil el valor como el miedo y tan innecesario dudar como creer. Para Loti, por el contrario, la existencia valía sobre todo por lo que él creía su reverso y así su sed de fe provenía de una certidumbre negativa obsesionante y desesperada.

Era casi medianoche cuando insistió en que, a pesar de todo, saliéramos a fumar al jardín; sin embargo, en sus pupilas ardía todavía una chispa febril; por eso al pasar por el recibimiento yo mismo lo arrojé en mi capa española y bajamos.

Baka-echea, edificada como un rompeolas, corta podría decirse, la corriente, y desde el torreón en saliente abarcábamos, lo mismo los fuegos de la costa de Francia que de la costa de España y las luces errantes de las barcas que aquella hora transportaban de una a otra parte a los fieles cristianos. Era una de esas noches que arrancándonos lágrimas de frío nos hacen ver dobles las estrellas; en la atmósfera como congelada resonó la última señal de las campanas de Fuenterrabía para la misa del gallo; y el repique, al extinguirse, parece que no hubiera hecho sino escarcharse para que lo fundiese al día siguiente el sol de Pascua.

...Este año pasado (digo yo y me refiero a 1922), yendo a París en febrero, una formalidad de pasaporte me hizo detenerme una noche en Hendaya. Llovía a mares y, sin embargo, apenas concluída la cena en la fonda frente a la estación, yo me lancé bravamente hacia los extramuros de Baka-echea, persuadido casi que la interrupción de mi viaje podía ser providencial y que "el comandante", al cual sabía enfermo, había reintegrado sus labores.

Pero la vivienda aparecía oscura y parecía deshabitada y cerrada; sin embargo, la puertecilla del jardín cedió a mi impulso y volví a encontrarme solo en esos mismos parajes y ante idéntico espectáculo... De todas mis peregrinaciones a sus distintas patrias de adopción, que yo hice más por amor reflejo, Loti no habrá ignorado sino ésta a su hogar vasco, donde él mismo debía regresar poco después, antes de abandonarlo para siempre.

## V

La flotilla naval compuesta de cinco unidades que transportó, envuelto en la bandera tricolor, el cadáver del Comandante Julián Viaud, gran oficial de la Legión de Honor, desde Rochefort-sur-Mer a la Isla de Olerón, había creído devolvérselo a la tierra de donde salieron los suyos, aquel trisabuelo indiano de la "Novela de un Niño" y eso otro novio de su madre, médico de marina en Dakar de Guinea, del "Diario de un Cadete".

Volvía, es cierto, la arcilla al alfar; no así cuanto de inestimable como el oro, de penetrante como la mirra y de sutil como el incienso, había brillado, embalsamado y ardido en ella.

El polvo al polvo, el alma al mar.

En la rada de Saint-Pierre, a 16 de junio de 1923, el torpedero de la armada francesa "Batailleuse", que enarbolaba a media asta la insignia capitana con la divisa *Mon mal je charme*, la arrió. Y pasó a izarla en la sombra del mástil la más alta, el Buque Fantasma, donde acababa de transbordarse Pierre Loti.

Y yo sé que al renovar su dotación de almas en pena, él cuenta conmigo y ni deberá dejar de llamarme, ni podré dejar de acudir.

Bases biofísicas de la conducta de los organismos aplicadas en particular a la especie humana



El punto de partida de esta obra es el estudio de la conducta humana durante el desarrollo físico de la vida. El autor se propone investigar las bases biofísicas de la conducta humana y su relación con el medio ambiente. El estudio se centra en la fisiología y la psicología de los sentidos y en la influencia de los factores físicos y químicos en el comportamiento humano. El autor trata de establecer una conexión entre la fisiología y la psicología, mostrando cómo los procesos físicos afectan a la conducta humana. El estudio se centra en la fisiología y la psicología de los sentidos y en la influencia de los factores físicos y químicos en el comportamiento humano.

(\*) Conferencia dada en el Departamento de Física del "Rensselaer Institute" de la Universidad de Hartford, Conn., el 12 de febrero de 1923. Véase también "The Journal of the American Physical Society", vol. 1, p. 10, 1923, y en la "Revista de la Asociación de Física", vol. 1, p. 10, 1923.